

SECCION SEGUNDA.

DECADENCIA DE LA NACION ESPAÑOLA DURANTE EL SIGLO XVII,
Y CONSIGUIENTE DECADENCIA DE NUESTRA IGLESIA.

CAPÍTULO I.

FELIPE III. — INTRODÚCESE LA RELAJACION EN LAS COSTUMBRES.

FUENTES. — Sayas (D. Diego): *Continuacion de los Anales de Aragon*. — Porreño (Baltasar) cura de Sacedon: *Dichos y hechos del señor rey Felipe III*. — El marqués Virgilio Malvezzi: *Historia de Felipe III*. — Tanto la historia de este, como el cuaderno de Porreño se encuentran en las *Memorias para la historia de D. Felipe III* por D. Juan Yañez (Madrid, 1723).

§ CCCXLI.

Idea del estado de España en el siglo XVII.

Con sentimiento y á duras penas salimos del siglo XVI. ¡Es tan hermosa la historia de España durante aquel siglo! En vano ha sido que la pluma se detuviera en él mas de lo acostumbrado, y que amontonara capitulos á capítulos. Todavía queda mucho por decir, y cualquiera conocedor de nuestra historia eclesiástica me acusará, y con razon, de haber omitido cosas muy notables. Soy el primero en confesar la culpa: un tomo se necesita para abrazar muy ligeramente las glorias de la Iglesia de España en el siglo XVI. Quién las escribiera medianamente no haria poco. ¡Qué tres Reyes, qué multi-

«El obispado de Sigüenza se dió al Sr. D. Fernando de Andrade, arzobispo de «Búrgos (de arzobispo pasaba á obispo). Lo de Búrgos al Sr. D. Francisco «Manso de Zúñiga, obispo de Cartagena. Lo de Cartagena al Sr. D. Mendo de «Benavides, obispo de Segovia, y la iglesia de Segovia al P. Fr. Juan de Tapia, «dominico, catedrático de Alcalá, haciéndosele tomar á viva fuerza.»

tud de Santos, qué Obispos, qué de teólogos y canonistas de primer orden, qué pureza de costumbres, qué elevacion de ideas, qué riqueza y esplendidez en la Iglesia, qué grandeza en la Nacion!

Y quitamos los ojos de aquí para ponerlos en el siglo XVII, siglo de decadencia, en que España se sostiene, no ya con lo presente, sino con los recuerdos de lo pasado... en que estallan las malas pasiones y la guerra intestina, comprimidas por la mano de hierro de los tres reyes del siglo XVI, Fernando, Carlos y Felipe¹; en que al vigor sucede la debilidad, á la pureza la relajacion y frivolidad... el carácter español degenera de su grandeza, haciéndose hinchado y vanidoso, y la pereza sentada en el trono convierte á España en una nacion de holgazanes. A la piedad reemplaza la supersticion, á las glorias positivas las ficciones, y se confunde la hipocresía con la piedad.

¡Brusca y desagable transicion! Los que en todo quieren ver glorias, los que creen que la historia sirve para decir lo bueno y callar lo desfavorable, los que adulan á su país pintándole todas nuestras cosas como grandes y heróicas, no se avendrán con esta idea del siglo XVII. Nuestros antepasados calumniaron á Mariana, suponiéndole hijo de un francés, porque en su historia consignó algunas verdades muy duras para nuestro país; y con todo el genio bilioso del Jesuita toledano escribía con hiel, porque su corazon rebosaba en ella, al ver la rápida decadencia de nuestra patria. ¿Se avendrán hoy en dia todos á pasar por la triste idea que se va á dar del siglo XVII? Creo que no. Por mucho tiempo se ha equiparado este siglo al XV; y con todo, quien estudie con detencion nuestra historia, creo que preferirá el XV al XVII. En aquel se preludió al engrandecimiento de España, en este se verificó su decadencia.

Otros han querido distinguir en el siglo XVII la primera de la segunda mitad, y el reinado de Felipe III del de Felipe IV. Los creo tan funestos el uno como el otro. En este el decaimiento es mas visible; mas no por eso deja de ser mas considerable en aquel, pues si en este vemos el efecto, en aquel observamos la causa. Á la manera que en una casa rica, cuando entra el desórden y la malversacion, no se conoce la ruina por mucho tiempo, sino que se vive con opulen-

¹ No se cuenta á Felipe I por lo fugaz y poco importante de su desastroso reinado.

cia, malbaratando los ahorros y tesoros de los predecesores, hasta que llega un día en que se echan de ver el descrédito, la quiebra y la miseria; así en el flojo reinado del piadoso, pero inepto, Felipe III se malbarataron los créditos del siglo XVI, viniendo la quiebra en el de Felipe IV, y la miseria y abyección en el de Carlos II.

Siquiera pasemos con rapidez por estas miserias, dejémoslas consignadas por saludable escarmiento, que deber es del escritor cristiano el no ocultar los vicios, sino denunciarlos, para que se enmienden. Hay algunos que no adulan á los Reyes y á los poderosos, porque no tienen ocasión; pero en cambio adulan á las pasiones bajas del vulgo, ó le encubren sus defectos, ó se los traducen por glorias. Estos aduladores serviles de las pasiones populares son aun mas bajos y miserables que los aduladores de los Reyes, cuanto es mas baja la taberna que el palacio.

§ CCCXLII.

Felipe III y el Cardenal duque de Lerma.

Un Rey que no reina, sino que deja mandar á su favorito, no es un verdadero Rey, y tiene que pasar por la mengua de que el nombre del favorito acompañe al suyo. Así sucede con Felipe III; sale de un favorito para caer en otro; pero su principal favorito es el Duque de Lerma. ¿Cómo de un padre tan activo y enérgico cual Felipe II, que revisaba hasta los sobrescritos de la correspondencia, y llevaba su actividad desde lo mas alto á las cosas mas menudas, sale un hijo tan flojo y descuidado como Felipe III? Fenómeno es este que no acertamos á explicar, á pesar de que lo vemos todos los días. Y no era porque le faltasen á Felipe III bellísimas cualidades. Algunos de sus biógrafos¹ llegaron á asegurar, con relacion á sus confesores, que no habia cometido en toda su vida pecado mortal. Pero con perdón de biógrafos y confesores, ¿tan liviana culpa es en un príncipe el descuidar los negocios, dejar el gobierno en hombros de un favorito incapaz, y pasar el día visitando locutorios, mientras que la nacion avanzaba á su ruina? Las virtudes de Felipe III fueron las de un particular, pero le faltaron las de un rey, y aun aquellas las deslució con su debilidad y desaplicacion al trabajo.

¹ Virgilio Malvezzi.

Si al fin el Duque de Lerma hubiera sido un hombre de capacidad y vastos conocimientos, pudiera haber compensado la falta de actividad en el Monarca: mas por desgracia carecia aquel de uno y otro, y para mayor mal habia separado de los negocios á todos los hombres importantes del reinado de Felipe II. Los sujetos que este tenia á su lado eran de hierro, como el Rey: el Duque de Alba, el de Osuna, el Marqués de Santa Cruz, Vazquez de Arce, Covarrubias, Siliceo, todos son conocidos por su carácter duro y austero. Hombres tales no valian para Felipe III y su favorito, y fueron alejados gradualmente de las regiones en que pudieran influir. Al ver separar de los Consejos á Vazquez de Arce y otros amigos suyos, el genio duro y bilioso de Mariana se exacerbó, y empapó su pluma en hiel. El inventario de la plata de todas las iglesias, que alarmó al Clero de España, la subida de la moneda, que arruinó nuestro comercio en vez de aliviarlo, y otras medidas de este jaez, dieron pié al Jesuita para escribir unos discursos, que publicados en el extranjero, quizá contra su voluntad, le acarrearón una causa criminal, prision por dos años en el convento de San Francisco de Madrid, y duros castigos por parte de su religion.

Pero la nacion avanzaba hácia su ruina, el tesoro se hallaba exhausto, la nobleza resentida, y el descontento cundia por todas partes. Para ponerse á cubierto de la tempestad obtuvo el Duque de Lerma el capelo de cardenal (1618)¹. No fue el siglo XVII en el que mas se honró la púrpura cardenalicia; vistiéronla no pocos hombres, que fueron grandes segun el mundo, pero á los que faltó mucho para serlo á los ojos de la Religion. Felipe III concluyó de disgustarse del Duque de Lerma con lo que este creía asegurar su privanza: su hijo el Duque de Uceda le habia reemplazado en ella, y despues de una escandalosa lucha entre el padre y el hijo para sostenerse en el poder, hubo de ceder el puesto y marchar á su destierro, salvándole la

¹ El Duque de Lerma estaba viudo desde el año 1603. Le otorgó el capelo el papa Paulo V en el consistorio secreto celebrado en 26 de marzo de 1618. Retirado el Duque á Valladolid, celebró su primera misa en el convento de San Pablo, de que era patrono. Fue muy afecto al Orden de santo Domingo; fundó cátedras para doctrina de santo Tomás en Salamanca, Valladolid y Alcalá, y debian recaer estas seis cátedras en religiosos dominicos de presentacion de su familia. Hasta estos últimos años las presentó la casa de Medinaceli.

dignidad cardenalicia de ser preso ¹ y aun de sufrir pena mas severa.

Por desgracia los que le sucedieron en el favoritismo, su hijo y el Confesor del Rey, fueron tan ineptos, que hicieron bueno su gobierno.

§ CCCXLIII.

Expulsion de los moriscos.

El hecho mas trascendental del reinado de Felipe III bajo el aspecto religioso, y aun político, es la expulsion de los moriscos. Donde la reconquista se habia hecho con rapidez, abundaban los moriscos, pues los Reyes cristianos habian preferido dejarlos en los países conquistados, mas bien que despoblar sus conquistas. Abundaban los moriscos en Valencia, la Mancha y el reino de Granada, donde pueblos y aun distritos enteros eran suyos, sin que apenas se viese en ellos algun cristiano. Habia muchos tambien en el bajo Aragon; pero como eran vasallos de las iglesias y señoríos, estaban defendidos por estos, y eran en general poco temibles en aquel país. No así los de Valencia y Granada, que no solamente sostenian continuas relaciones con los moros de allende el Estrecho, sino que en varias ocasiones se habian manifestado en rebelion abierta.

Posteriormente ocurrieron los levantamientos de las Alpujarras en tiempo de Felipe II.

Parece que lo natural hubiera sido tratar de la conversion de aquellos hombres. Todos los dias salian misiones para las Indias orientales y occidentales, y entre tanto quedaban á retaguardia de los misioneros otros infieles que era mas urgente convertir, aunque no tan fácil. ¿De qué provenia esta dificultad? Por parte de los moriscos habia obstinacion en el error, y aquella repulsion natural é instintiva en el hombre á todo lo que le quiere imponer su vencedor por via de fuerza. Cisneros habia convertido y bautizado millares de moriscos

¹ Dicen que yendo á prenderle un alcalde con sus ministros, el Duque le recibió vestido de cardenal y bajo un magnífico dosel, de modo que aquel no se atrevió á prenderle. Con este motivo se hizo vulgar aquella coplilla:

El ladron mas afamado
Por no morir degollado
Se vistió de colorado.

en Granada; pero los medios de que se valió ni fueron los mas recomendados por la Religion, ni dan mucha gloria al célebre Franciscano del siglo XVI. Con muchos de ellos no se hizo mas que lavar su cuerpo, pero sin doctrinar su alma. Preferianse por lo comun los medios de terror, para obrar sobre la imaginacion mas bien que sobre la razon. El carácter español, demasiado impetuoso, propende siempre á imponer su opinion mas bien por el terror que por la conviccion. Aun en el dia con muchas teorías lo estamos viendo: no pocos apóstoles de la libertad la predicán con el sable y el garrote.

Mas no paraba aquí la mala direccion dada á la conversion de los moriscos. Aun cuando estos se convirtieran, nada adelantaban, pues en vez de ser acogidos con caridad cristiana, eran mirados con prevención y desprecio. Llamábaseles *cristianos nuevos*; se les alejaba de los honores, destinos, y aun de ciertos cargos públicos; se les cerraban los cabildos, los claustros, los colegios, los estudios y profesiones nobles, á ellos y á sus hijos, hasta la cuarta generacion; se les culpaba de todas las calamidades públicas, y apenas se cometia un delito, ó se vertia alguna doctrina malsonante, se registraba con avidéz toda la genealogía, para ver si entre la parentela se encontraba algun cristiano nuevo. ¡Cuanto se habia retrocedido desde el siglo XV en que los conversos Jerónimo de Santa Fe, D. Pablo de Santa Maria, el P. Espina y otros muchos conversos eran admitidos á todos los cargos públicos, y aun á la misma dignidad episcopal, en que tanto brillaron!

De la desconfianza y aversion que se profesaba en los siglos XVI y XVII á los cristianos nuevos resultaba, que ningun morisco queria convertirse, pues sus parientes los miraban como renegados, y los odiaban de muerte, y los cristianos los miraban con aversion y desconfianza. Por otra parte, las costumbres de los cristianos viejos, y aun de algunos clérigos de los pueblos, no eran tan puras que pudieran infundir respeto á los moriscos; y no pocas veces eran estos en sus contratos víctimas de groseras perfidias. De aquí el que los moriscos achacasen á inmoralidad y perfidia de la Religion lo que no era sino vicio de algunos malos cristianos.

Santo Tomás de Villanueva habia dado muy sábias disposiciones para la conversion de los moriscos, y algunos frailes celosos y santos, en especial san Luis Beltran, se habian dedicado á su conver-

sion con celo y caridad cristiana; pero tenían que luchar no solamente contra el error, que era lo de menos, sino contra los intereses, el odio y las preocupaciones de los que debieran secundar su caridad. Durante el levantamiento de las *Germanías* de Valencia degollaron los *Agermanados* á cuantos moriscos habian á las manos, aparentando celo religioso. Excitábalos á esta matanza un malvado clérigo portugués que hizo en Játiva el papel del *encubierto*¹. Mas no era celo religioso lo que movia á tales malvados, sino el perjudicar á los señores y títulos del país, de quienes eran vasallos los moriscos. Así es que los señores no solamente protegían á los moriscos, sino que los armaban y ponían de guarnición en los castillos.

El emperador Carlos V tuvo empeño de expulsar á los moriscos. Para ello acordó que todos los de Valencia se bautizasen, ó fueran expulsados: opusieronse varios teólogos y canonistas al proyecto² manifestando que no habia derecho para obligar á los infieles á que se bautizasen, ni se faltase á las capitulaciones hechas con ellos. A pesar de eso el Emperador envió al Obispo de Guadix para formar tribunal especial de Inquisición, juntamente con el célebre P. Guevara, el maestro Fr. Juan de Salamanca, dominicano y predicador de S. M., y el Dr. Escarnier, oidor de la Audiencia de Cataluña. A pesar de la orden de perdonar á los apóstatas, y recibir benignamente á los conversos, se retiraron á la Sierra de Bernia, donde estuvieron tres meses en número de diez y seis mil. Al fin se dieron á partido y ofrecieron bautizarse, como lo hicieron algunos de ellos en la villa de Morla. Pero viendo que la mayoría de ellos se negaba á bautizarse, dió orden el Emperador para que los de Valencia saliesen del territorio para el día 31 de diciembre de 1525, y todos los restantes se fueran de España durante el mes de enero de 1526³, debiendo marchar á embarcarse en la Coruña.

Las Cortes de Aragon (incluso el brazo eclesiástico⁴) manifestaron al Emperador enérgicamente los graves perjuicios que se iban á se-

¹ Sayas: *Anales de Aragon*.

² Entre ellos cita el cronista Sayas al insigne jurisconsulto Jaime Bonet, que por espacio de treinta y ocho años fue catedrático de leyes y cánones en Lérida, y despues entró monje jerónimo (fól. 178).

³ Sayas, cap. cxxvii y cxxx.

⁴ Firmaron por el brazo eclesiástico D. Fr. Juan de Robles, abad de Santa Fe, y Antonio de Talavera, chantre de Tarazona.

guir á las iglesias y al Estado de la despoblacion consiguiente á la expulsion de los moriscos, manifestando que en Aragon no solamente no eran perjudiciales, sino que eran necesarios, sumisos á sus señores, y que no se sabia caso alguno de que hubieran hecho apostatar á ningun cristiano. Finalmente, que D. Fernando el *Católico* al expulsar los moriscos de Castilla y Granada, habia jurado á los aragoneses no expulsar los de Aragon. El Emperador no desistió, á pesar de eso, de su propósito: mandó expulsar á todos igualmente; pero cuando llegó el caso de ejecutar la medida, hallóse que no habia medios de transporte, ni otras disposiciones para llevarla á cabo.

En tiempo de Felipe II se sublevaron los moriscos en las Alpujarras, contando con auxilios exteriores. Habian elegido Rey, derrotado capitanes y tercios aguerridos, y asesinado con rabia feroz á los cristianos que caian en su poder y en especial á los clérigos, contra los cuales ensayaron tormentos tan atroces, que exceden á los ideados por los gentiles contra los cristianos primitivos¹. Hubo momentos en que estuvo comprometida la suerte de Granada, y á no haber estallado entre ellos la ambicion, el deseo de venganza y otras mas bajas pasiones, costara mucho mas trabajo y tiempo el desbaratarlos. Aun así tuvo bien en que emplearse la espada de D. Juan de Austria.

Tal era el estado en que se hallaba aquel arduo negocio, cuando hubo de fallarlo Felipe III. Los pareceres estaban divididos, aun entre los eclesiásticos mismos. Los mas celosos, y especialmente el beato patriarca D. Juan de Ribera, opinaban por la expulsion completa. Los políticos, los jurisconsultos y los títulos, opinaban en contrario. Ya no se pensó en obligarles principalmente á bautizarse, co-

¹ Asesinaron los moriscos mas de tres mil cristianos, y entre ellos cuantos clérigos y monjes pudieron haber á las manos. Uno de los martirios mas horrosos fue el del presbítero D. Juan Lorenzo de Corbera, beneficiado de Sanxar (1569). Habiéndole delatado un morisco que lo tenia oculto, lo hizo desnudar Aben-Humeya y ponerlo á su presencia en un gran brasero donde lo asaron de las rodillas para abajo. Trajeron dos hermanas suyas que insultaron á su presencia, y para mayor escarnio les preguntaban: — Si conocian al que se estaba calentando. — En seguida lo arrastraron fuera del pueblo, y allí lo entregaron á las moriscas, las cuales se divirtieron en picarle los ojos, y despues lo mataron á pedradas. (Luis Mármol: *Rebelion de los moriscos*, lib. IV, cap. xx. — Pedraza: *Historia de Granada*, parte 4.^a, cap. xxvi).

mo se había querido en tiempo del Emperador. Se había visto que los bautizados, especialmente en Aragon, eran tan moros despues como antes del Bautismo. El negocio se trató en Valladolid con mucho detenimiento, y el Rey para salir de una vez de aquella ansiedad, que no se hubiera calmado mientras los moriscos hubieran estado en España, acordó su expulsion expidiendo un bando en términos muy perentorios¹ que se publicó en 11 de setiembre de 1609. El Rey salió con esto de la ansiedad que padecía, ocasionada por la divergencia de opiniones de sus consejeros. Aun en el día no todos convienen acerca de la equidad y utilidad de esta medida, apoyándola unos, e impugnándola otros, segun sus respectivas opiniones.

Los moriscos de Valencia se levantaron en el valle de Ayora y otros puntos inmediatos, concentrándose en el valle de Alashuar, desde donde salian á talar los pueblos y campos de los Cristianos. Pero no recibiendo los socorros que esperaban de fuera, hubieron de darse á partido, despues de una tenaz resistencia. Los de Aragon, que trataban tambien de resistirse, hubieron de resignarse á su triste suerte, y fue el país donde se llevó la medida á cabo con mayor rigor. No así en Valencia, la Mancha y Granada, en donde la connivencia de los señores hizo que muchos permanecieran bajo diferentes pretextos, y todavía en aquellos países pueden verse pueblos, que en trajes, costumbres é instintos pueden creerse moriscos, teniendo apenas ideas del Cristianismo.

Acerca del número de los expulsos se ha escrito con mucha variedad. Los que han impugnado aquella medida han fijado el número en un millon: es el modo de redondear las cuentas. Por algunos papeles de la época se echa de ver, que el número no fue tan enorme, y los escritores de aquel tiempo² lo presentan muy inferior. Por pa-

¹ Además de aquel bando se publicaron otros varios que pueden verse en la *Coleccion de tratados de paz*, por Abreu, tomo I, parte 1.^a El del Marqués de Caracena para expulsion de los moriscos de Valencia (22 de setiembre de 1609): el del Marqués de San German para expulsion de los de Andalucía y Murcia (15 de noviembre de 1609): el del Marqués de Aitoná para los de Aragon (29 de mayo de 1610). Para los de Castilla y Extremadura (10 de julio de 1610).

² Fr. Marcos de Guadalajara en su *Continuacion de la historia pontifical de Illescas*. Además escribe aquel Padre un tomo en 4.^o sobre la expulsion de los moriscos que pude ver hace años en la Biblioteca del Sr. D. José Duato, capellan de honor de S. M.

peles de aquel tiempo, que conservo en mi poder, aparece el cálculo siguiente:

	<u>CASAS.</u>
En el distrito de Zaragoza.	1,462
Alcañiz.	163
Montalban.	225
Calatayud.	400
Tarazona.	1,296
En la parte de Levante.	11,619
De Poniente.	<u>20,196</u>
Total de casas.	35,361
Computadas á cinco personas son.	176,805

De los registros de embarque de los principales puertos del Mediterráneo y de los reconocidos en Búrgos aparecen embarcados 111,694 sin contar los niños pequeños. Permittede quedar en España un cinco por ciento de ellos, de modo que se ve que el un cálculo se aproxima al otro, y por tanto puede fijarse en unos 120,000 cuando mas el número de los moriscos expulsados de España. Su suerte fue harto aciaga, pues al llegar al Africa fueron maltratados, perseguidos y desbalijados bárbaramente.

No escarmentando con eso los que aun quedaron en España, escribian algunos años despues á Muley-cidan una carta¹, que fue interceptada por el comandante militar de Mallorca, en la que se le decia, que si queria invadir á España *podia contar con 150,000 moriscos, tan moros como sus vasallos*.

Se ve, pues, que ni Felipe III fue tan criminal como se le ha querido suponer, ni la cuestion era de tan fácil solucion como se la cree hoy en día, ni toda la culpa fue de Felipe III, pues venia ya la cuestion prejuzgada por los Monarcas del siglo XVI, en el mismo sentido en que obró este, y finalmente que el número de expulsos no fue tan grande como se ha querido suponer.

La estadística que aqui se publica la ha dado tambien á luz el Sr. Sangrador en su *Historia de Valladolid*, tomo I, fól. 469. Porreño (*Memorias de Yañez*, pág. 209) pone 150,000, si bien dice que otros los hicieron subir á 200,000.

¹ La cita el Sr. Sangrador (con referencia al archivo de Simancas) en el tomo I de la *Historia de Valladolid*, pág. 470, en la nota.